

La evolución del estancamiento

Por

Jorge A. Sanguinety

Segundo de una serie de dos artículos

En el difícil ejercicio de escudriñar las entrañas de la sociedad cubana y el funcionamiento del poder político, económico y militar del país, el investigador siempre está al acecho de alguna categoría analítica o de alguna información que le permita examinar condiciones e identificar tendencias. Después de muchos años de estudio y observación, que incluye haber estado en contacto continuo con personas que han logrado escapar de Cuba, especialmente aquéllos que han ocupado posiciones importantes, yo he concluido que, aunque ocultos, hay más disidentes dentro del gobierno que fuera del mismo. O sea, me refiero a las personas que en diversos momentos y gradualmente han tenido experiencias y/o han recibido informaciones que les ha permitido darse cuenta de la verdadera naturaleza de la monstruosidad gubernamental que ha dominado al país por medio siglo. Estos disidentes, por supuesto, no se manifiestan abiertamente porque tendrían que pagar junto a sus seres queridos un alto precio por su deslealtad. Pues todo régimen totalitario exige muestras de lealtad y militancia, aunque todos sepan que las mismas no son otra cosa que manifestaciones refinadas de la más profunda hipocresía en magnitudes masivas.

Todos los que han tenido alguna posición en empresas, ministerios o centros de cualquier naturaleza en Cuba saben muy bien que muchos de sus colegas o compañeros de trabajo desean secretamente un cambio profundo de gobierno. La mayoría ve el estancamiento en las políticas gubernamentales, los errores en la administración, los abusos de los gobernantes, la desesperanza generalizada sobre el futuro de ellos y del país. Algunos se engañan y pueden llegar a negar la realidad, pero son más los que desean cambios, unos más extensos que otros, mientras algunos lo manifiestan a familiares y amigos escogidos, otros simplemente se callan resignadamente y disimulan su descontento con diversas formas de apatía en el cumplimiento de los dictámenes oficiales.

Son todas estas personas las que componen lo que yo llamo la “disidencia invisible” y que sólo esperan un cambio en las condiciones de equilibrio que hacen que el país parezca mantenerse en una especie de estado comatoso o vegetativo, apenas sobreviviendo. Desgraciadamente, la descomposición de la nación cubana que orquestó Fidel Castro aprovechándose de sus debilidades para aumentarlas y llevarla al estado actual de postración, ha convertido a los cubanos de la isla en meros espectadores de su triste destino. Cuando Castro pierda todo vestigio de poder, por su propia muerte, incapacidad total o simple destitución, los que queden, desde Raúl Castro hasta el más modesto de los ciudadanos se enfrentarán a otras condiciones. Sus posibilidades futuras cubren un amplio espectro que va desde la continuidad del estancamiento aparente, hasta unos cambios de magnitud y número impredecibles. Yo apostaría a que habrá algunos cambios pues, como he dicho en otras ocasiones, no es lógico que Raúl Castro pueda mantener el poder sin hacer algunas concesiones populares para compensar por la falta de carisma que su hermano tenía y él no. Sin embargo, no me atrevo a hacer un pronóstico sobre el alcance de tales cambios o reformas. Pero sí creo que los demás cubanos, especialmente los miembros de la disidencia

invisible, pueden ser importantes agentes de cambio una vez que Raúl esté realmente a cargo del gobierno o posteriormente cuando él también falte.

¿Qué es lo que pudiéramos hacer desde fuera de Cuba para ayudar a los procesos de cambio y tratar de guiarlos en alguna dirección deseable? Hay que reconocer que en estos cincuenta años, los cubanos que conseguimos salir de la isla hemos tenido muy poca influencia en los asuntos de Cuba. Objetivamente hablando, tampoco hemos tenido mucha influencia en influenciar las políticas de otros gobiernos con relación a Cuba. Donde hemos tenido alguna influencia ha sido en Washington, pero eso se ha debido a nuestra presencia electoral, no a nuestro liderazgo intelectual, ni a nuestra unidad estratégica, ni tampoco a nuestras credenciales democráticas ni a las simpatías y solidaridad que hubiéramos podido despertar en el mundo como víctimas del comunismo.

En la coyuntura actual, yo creo firmemente que lo más inteligente que pudiéramos hacer los que deseamos que el país se mueva hacia un régimen de mayores libertades individuales es desarrollar vínculos con la disidencia invisible, además de fortalecer los que ya existen con la disidencia visible. Lo más importante que debemos hacer creo que es ganarnos la confianza de los cubanos que deseando cambios en Cuba desconfían del exilio por diversas razones. Una de ellas es la falta de paciencia y de comprensión que a menudo se muestra en los intercambios con cubanos que salen de visita pero que regresan a la isla. Muchos de ellos nacieron después de 1959 y por diversas causas no comparten los mismos sentimientos de repudio hacia el régimen que destruyó al país. La realidad es que muchos de esos cubanos no tienen ahora la misma visión, pero eso no quiere decir que no lleguen a compartir con nosotros los mismos sentimientos si les damos suficiente tiempo y la información necesaria. Muchos de ellos, aunque quieran cambios, todavía están bajo la influencia de la propaganda castrista. Depende de nosotros, en gran medida cambiar esta situación, pues tenemos libertades que ellos no tienen. Sólo nosotros podremos hacer que ellos comprendan lo que fue Cuba, lo que ha realmente significado el socialismo y lo que todos podemos lograr unidos: ayudar al país a evolucionar hacia un futuro más prometedor.

Miami, 3 de febrero de 2009